

# La fuerza del perdón: tributo a Nelson Mandela

Carmen Márquez Beunza

Universidad Pontificia Comillas  
E-mail: cmbeunza@teo.upcomillas.es

Recibido: 10 enero 2014  
Aceptado: 20 enero 2014

**RESUMEN:** La reconciliación supone sufrimiento. El paso por la cárcel de Mandela, en palabras del obispo Desmond Tutu, fue, por una parte, el crisol en el que se forjó su autoridad moral y, por otra, la escuela donde aprendió el oficio de reconciliador del África del Sur. Allí aprendió que la justicia y el perdón caminan siempre juntos y siempre en la búsqueda franca de la magnanimidad y la reconciliación.

**PALABRAS CLAVE:** apartheid, Robben Island, CNA, violencia, reconciliación, magnanimidad.

«¿Cómo es posible que un hombre encarcelado desde hace más de veintitrés años, cuyas palabras no pueden citar los medios de comunicación de Sudáfrica, se haya convertido en la personificación de la lucha por la liberación en ese país y en el símbolo supremo de una nueva sociedad?»<sup>1</sup>. Así de sorprendida se mostraba la amiga y confidente de Mandela, Mary Benson, en 1986. Hacía más

de dos décadas que Mandela había sido condenado a cadena perpetua en la fría prisión de Robben Island. Su imagen no se podía publicar ni sus palabras podían ser reproducidas y, sin embargo, se había convertido en el líder indiscutible de la población negra.

La respuesta nos la ofrece su compatriota y también amiga Nadine Gordimer: «En un espíritu como el suyo “los muros no hacen la prisión”; su espíritu no podía permanecer encerrado bajo la custodia

<sup>1</sup> M. BENSON, *Nelson Mandela. Biografía*, Madrid, 1988, 17.

del *apartheid*»<sup>2</sup>. Por eso, desde la cárcel, Mandela seguía siendo una poderosa fuente de inspiración. El preso más famoso del mundo era uno de los iconos más potentes de esa Sudáfrica negra que se revolvió contra el perverso sistema del *apartheid* reclamando justicia e igualdad.

Los *afrikáners*, por aquel tiempo, seguían considerándole un comunista inquebrantable, terrorista y revolucionario, que atentaba contra todo aquello por lo que habían luchado durante generaciones, personificación de lo que denominaban el *swart gevaar* (el peligro negro), tras el que no anidaba sino el oscuro deseo de «arrojar a los blancos al mar». Entre tanto, ese hombre al que se dedicaban calles en las principales urbes del planeta, merecedor de galardones internacionales y a quien publicaciones tan prestigiosas como *The Times* describían como «el coloso del nacionalismo africano en Sudáfrica», se embarcaba en la que sería la gran empresa de su vida: iniciaba, desde la prisión, las conversaciones que pondrían fin a uno de los regímenes políticos más injustos del planeta. Y lo hacía bajo la firme con-

vicción de que la reconciliación con el enemigo era posible.

### «La lucha es mi vida»

Nelson Rolihlahla Mandela había nacido el año que terminó la Gran Guerra en Europa, cuando en la recién creada República Sudafricana todavía supuraba la herida de la sangrienta contienda que había enfrentado a *bóers* y británicos. El Congreso Nacional Africano (CNA), la organización fundada en 1912 para defender los derechos civiles y políticos de la población nativa y luchar contra la segregación, había enviado ese mismo año una delegación a la Conferencia de Paz de Versalles, con la vana esperanza de que sus reivindicaciones fueran escuchadas. Por aquel entonces, el asimilacionismo era la filosofía que inspiraba a la organización. Sus militantes, en su mayoría cristianos formados por misioneros anglosajones, confiaban en las promesas implícitas en las enseñanzas del cristianismo y en los ideales del sistema de gobierno británico, y aspiraban a lograr una mayor representación en un sistema parlamentario que les negaba mayoritariamente el voto.

Mandela pertenecía a esa minoría de cristianos formados en las es-

---

<sup>2</sup> N. GORDIMER, «Mandela, my Countryman», *The New Yorker*, 5 de diciembre de 2013.

cuelas misioneras, que recibía una educación occidental y acariciaba la esperanza de ser aceptada en aquella sociedad «civilizada», cristiana y no racial. Bautizado en la Iglesia metodista, había adquirido una formación fraguada al compás de los valores liberales y cristianos, basada en el modelo británico. Sin duda era ese el influjo que tiempo después reconocía en él el escritor J. Coetzee al describirle con «un porte aristocrático, que no le dificultaba el trato con la gente corriente, y una educación chapada a la antigua, que le había inculcado los ideales victorianos de la integridad personal y la devoción al servicio común»<sup>3</sup>.

Graduado en Fort Hare, la prestigiosa universidad fundada por los misioneros escoceses conocida como «el Oxford de los negros», pertenecía a la élite de esos africanos que aspiraban a ser «ingleses negros». Fue, sin embargo, allí donde entró en contacto con la organización en la que militaría durante el resto de su vida y donde despertó su conciencia política: «Empezaba a comprender que un hombre negro no tenía por qué to-

lerar las docenas de pequeñas indignidades a las que se ve sometido día tras día»<sup>4</sup>.

Estaba preparado para emprender una carrera que él mismo describió como «una lucha por la dignidad humana». Dicho y hecho. Se alistó en la rama juvenil del CNA sin atender a la premonitoria advertencia que en 1943 le dirigió un agente inmobiliario blanco: «Si te metes en política, tu profesión sufrirá y tendrás problemas con las autoridades. Perderás a todos tus clientes, te quedarás sin dinero, destruirás tu familia y acabarás en la cárcel. Eso es lo que ocurrirá si te metes en política»<sup>5</sup>. El joven Rolihlahla parecía decidido a hacer gala del significado de su nombre africano: «revoltoso, el que provoca problemas»<sup>6</sup>. Y no tardaría en comprobar la verdad que proclamaba el ferviente cristiano y presidente del CNA, Albert Luthuli: que el camino a la libertad pasa por la cruz.

La personalidad política de Mandela se fragua en el marco del relevo a una segunda generación de dirigentes negros, en el contexto

---

<sup>3</sup> J. COETZEE, «Nelson Mandela: the last of the great men», *The Sydney Morning Herald*, 6 de diciembre de 2013.

<sup>4</sup> N. MANDELA, *El largo camino hacia la libertad. La autobiografía de Nelson Mandela*, Madrid, 2010, 61.

<sup>5</sup> *Ibid.*, 97.

<sup>6</sup> Cf. M. BENSON, *Nelson Mandela. Biografía*, 15.

de sustitución de la filosofía del asimilacionismo por una militancia de corte más radical. El ascenso al poder de los nacionalistas *afrikáners* en 1948 había significado un duro golpe. Acabó con las esperanzas de alcanzar la permanente demanda del sufragio universal y de poner fin a una segregación que se veía reforzada cada día. Pero fue la violenta respuesta de la policía a una protesta pacífica en el suburbio de Sharpeville, a las afueras de Johannesburgo, lo que cambió todo. Después ya nada fue igual. Convencidos de la ineficacia de la lucha pacífica, varios militantes, entre los que se encontraba Mandela, optaron por la violencia. «Sólo cuando se nos cerraron todas las demás formas de resistencia recurrimos a la lucha armada», afirmó tiempo después. Puede decirse que la estrategia de la resistencia no violenta murió en Sharpeville. Por aquel entonces, ya había aprendido una dura lección. «Sólo a través de las penalidades, del sacrificio y de la acción militante puede ganarse la libertad. La lucha es mi vida. Seguiré combatiendo por la libertad hasta el fin de mis días» había proclamado en un mensaje enviado desde la clandestinidad, poco antes de que le detuvieran y juzgaran junto a otros miembros del CNA<sup>7</sup>.

En el famoso juicio de Rivonia, que el propio Mandela calificó como «un juicio a las aspiraciones del pueblo africano»<sup>8</sup>, fue desglosando uno a uno sus argumentos, hasta concluir con aquel bello alegato que hiciera a Desmond Tutu exclamar: «Cuando se lee su declaración ante el tribunal, se siente orgullo de ser también negro»<sup>9</sup>. Sus palabras finales fueron consideradas su testamento político: «He dedicado toda mi vida a esta lucha del pueblo africano. He combatido contra la dominación blanca y he combatido contra la dominación negra. He abrigado el ideal de una sociedad democrática y libre en la que todas las personas vivan juntas en armonía y tengan las mismas oportunidades. Es un ideal por el cual vivo y que espero lograr. Pero si es necesario, es un ideal por el que estoy dispuesto a morir»<sup>10</sup>.

La comunidad internacional se mostraba unánime: «Para la mayor parte del mundo –sentenciaba el *New York Times*– estos hombres son héroes y combatientes por la libertad. Y, el veredicto de la historia será que, en última instancia, la parte culpable es el gobierno en el

---

<sup>7</sup> *Ibid.*, 249.

<sup>8</sup> *Ibid.*, 119.

<sup>9</sup> Citado en: *Ibid.*, 9.

<sup>10</sup> Citado en: *Ibid.*, 157.

poder, y ése es ya el veredicto de la opinión pública mundial»<sup>11</sup>. Los acusados fueron sin embargo sentenciados a cadena perpetua y confinados en el penal de Roben Island, «la isla del lamento por Sharpeville» como la denominó el poeta Oswald Mtshali.

### «He cruzado ríos importantes...»

Recuerda Mandela en su autobiografía una expresión de su lengua materna, que se emplea para referirse a alguien que ha recorrido enormes distancias, que atesora una gran experiencia y que ha adquirido una honda sabiduría: «he cruzado ríos importantes» (*ndiwe-limilambo enamagama*)<sup>12</sup>. Sin duda Mandela había cruzado ríos importantes. Pero le quedaba por atravesar el más caudaloso de todos ellos: sus veintisiete largos años en prisión. En la soledad de la celda, emprendió un viaje al interior de sí mismo que transformó el temperamento y la voluntad de aquel impetuoso y prometedor abogado negro, preparándole para la difícil tarea de la reconciliación. El arzobispo Desmond Tutu describe su trayecto del siguiente modo: «Yo sostengo que el tiempo

que pasó en la cárcel fue necesario porque, cuando lo encarcelaron, estaba enfadado. No era un hombre de Estado, dispuesto a perdonar: era el comandante en jefe del brazo armado del partido, dispuesto a usar la violencia. Ese tiempo de cárcel fue absolutamente crucial. Claro está que el sufrimiento amarga a algunas personas, pero ennoblece a otras. La cárcel se convirtió en un crisol en el que se quemó y eliminó la escoria (...). Esos veintisiete años le invistieron de autoridad para poder decirnos que intentásemos perdonar»<sup>13</sup>.

Mandela había afirmado en una ocasión que las prisiones de Sudáfrica estaban concebidas para incapacitarles, de forma que nunca volvieran a tener la fuerza y el coraje de perseguir sus ideales. Y respondió a esa estrategia poniendo en práctica una de las máximas de Luthuli: «Que tu valor crezca frente al peligro». Su desánimo se vio pronto reemplazado por la certeza de que comenzaba una lucha diferente. Exigía a sus carceleros ser tratado con el respeto y la dignidad que todo ser humano merece, procurando mantener intacta la actitud que le había caracterizado en su tiempo de militancia en libertad:

---

<sup>11</sup> Citado en: *Ibid.*, 160.

<sup>12</sup> Cf. N. MANDELA, *El largo camino hacia la libertad*, 95.

<sup>13</sup> D. TUTU, *El País*, 6 de diciembre de 2013.

«Caminar erguido como un hombre y mirar a todos a los ojos con la dignidad que produce el no haber sucumbido a la opresión y al miedo»<sup>14</sup>. Luchó por mantenerse firme y no renunciar a sus principios, impulsado por esa sensación de fuerza que emana de tener el derecho y la justicia de tu parte. Y no tardó en convertirse en el líder más venerado y en ganarse el respeto de los funcionarios de la cárcel.

«La prisión es una especie de crisol, una dura prueba en la que queda al descubierto el carácter de un hombre. Bajo semejante presión, algunas personas muestran su valor, mientras que otros se revelan (...) Es en las situaciones difíciles donde el carácter alcanza su auténtica expresión»<sup>15</sup>, afirmó tiempo después al reflexionar sobre su experiencia en Robben Island. Y él había sabido aprovechar la ocasión para que aflorara lo mejor de sí mismo. «Entró lleno de furia y salió sabio», ha escrito John Carlin<sup>16</sup>. En la cárcel, Mandela trató de acercar posiciones entre las diferentes tendencias de la resistencia y trabajó por superar las divisiones entre los presos: «Hacía

gala de una gran tolerancia, siempre estaba dispuesto a escuchar, era lento para expresar una opinión y más lento para criticar las posiciones de otros, a menos que estuviera seguro de que había comprendido plenamente»<sup>17</sup>.

Ante la atónita mirada de sus compañeros de presidio, comenzó a estudiar *afrikaans*. Quería comprender al que hasta entonces había sido su enemigo, conocer su historia, entender sus esperanzas y aspiraciones. A su salida de la cárcel poco quedaba de aquel joven e impaciente que, como él mismo reconocería más tarde, «no veía virtud alguna en la espera». En aquella peculiar universidad en que se convirtió Robben Island, Mandela había aprendido algunas lecciones esenciales: que ser libre no es sólo desprenderse de las cadenas sino vivir de un modo que respete y aumente la libertad de los demás, que incluso los hombres más duros son capaces de cambiar si se consigue llegar a su corazón y que un dirigente debe siempre matizar la justicia con el perdón. Estaba decidido a mirar al futuro, y no dejarse atrapar por el pasado: «Estaba enfadado. Y un poco temeroso. Después de todo hacía

---

<sup>14</sup> N. MANDELA, *El largo camino hacia la libertad*, 140.

<sup>15</sup> *Ibid.*, 471-472

<sup>16</sup> J. CARLIN, «La fuerza de la reconciliación», *El País*, 6 de diciembre de 2013.

---

<sup>17</sup> M. BENSON, *Nelson Mandela. Biografía*, 202.

mucho que no era libre. Sentía cómo la rabia crecía en mi interior. Entonces comprendí que si les odiaba fuera de la prisión, de algún modo ello seguirían poseyéndome. Quería ser libre y les dejé marchar»<sup>18</sup>.

### Tiempo de perdón y reconciliación

«Los grandes líderes saben cuando ha llegado el momento de perdonar». Con estas palabras iniciaba la profesora de Harvard Rosabeth M. Kanter un artículo en el que elogiaba la conducta del líder sudafricano: «Los líderes deben ser firmes y promover la rendición de cuentas, pero también deben saber cuando hay que perdonar los errores del pasado en aras de la construcción de un futuro más prometedor. Uno de los actos más valientes de liderazgo consiste en renunciar a la tentación de vengarse de los oponentes o de aquellos que se oponían a su acceso al poder»<sup>19</sup>.

Sin duda, Mandela lo sabía. Estaba convencido de que la solución definitiva requería de algún tipo

de acuerdo negociado, que había llegado el momento de hablar. Y, por encima de todo, comprendía que el futuro pacífico de Sudáfrica dependía del perdón. Por ello, aun siendo consciente de que sus correligionarios desaprobaban su decisión, que probablemente interpretarían como un signo de debilidad, decidió dar el primer paso e iniciar un camino que hizo de la reconciliación el elemento central de su estrategia política. «Hay momentos en los que un líder debe adelantarse al rebaño, lanzarse en una nueva dirección confiando en que está guiando a su pueblo por el camino correcto», ha dejado escrito.

Sorprendiendo a propios y extraños, a su salida de prisión realizó una serie de gestos de reconciliación sin precedentes, que incluyeron una visita a la viuda del Primer Ministro H. Verwoerd para tomar el té, la invitación a sus antiguos carceleros a su nombramiento presidencial, su encuentro con el juez que le había sentenciado a cadena perpetua, o la asistencia al culto de la Iglesia Reformada Holandesa, que durante décadas había suministrado soporte teológico al *apartheid*. A través de ellos mostró el poder redentor del perdón. Como afirma el periodista John Carlin, «acabó perdonando y redimiendo

---

<sup>18</sup> Citado en: P. HAIN, *Mandela*, 251.

<sup>19</sup> R. M. KANTER, «Great Leaders Know When to Forgive», *Harvard Business Review*, blogs.hbr.org.

a sus antiguos enemigos»<sup>20</sup>. Desmond Tutu se mostraba sorprendido ante la actitud que mostraban Mandela y algunos de sus compañeros de prisión: «No sienten amargura ni deseo de venganza, sino un profundo compromiso por la renovación de Sudáfrica»<sup>21</sup>. Por ello, cuando Carlin en una ocasión le pidió que definiera a Mandela con una palabra, no dudó un instante: «Magnanimidad»<sup>22</sup>.

Como político, se inspiró en el ejemplo del monarca thembu, «un hombre tolerante e ilustrado, que alcanzó la meta que caracteriza el reinado de todos los grandes líderes: mantener unido a su pueblo», que «escuchaba y respetaba todas las opiniones». De su modo de gobierno llegó a afirmar que «era la democracia en su forma más pura»<sup>23</sup>. Luchó denodadamente por contener la violencia que se desataba en el país, y tendió la mano a todos los grupos. Trató de conjurar el miedo

de la comunidad *afrikáner* y persuadirles de que tenían un lugar en la nueva república democrática. Se embarcó en la difícil tarea de configurar un gobierno en el que cualquier sudafricano se sintiera representado, haciendo realidad aquel viejo sueño expresado en la famosa *Carta de la Libertad* que proclamaba que Sudáfrica pertenecía todos los que vivían en ella. Tuvo buen cuidado de no ofender a sus antiguos opresores, poniendo en práctica una de sus convicciones más hondas: «No debes comprometer tus principios, pero tampoco debes humillar a la oposición. No hay nada tan peligroso como alguien que ha sido humillado»<sup>24</sup>. Era la sabia lección que había aprendido estudiando la historia del pueblo *bóer*. Los británicos lo habían practicado con los *afrikáners* tras vencer en la guerra anglo-bóer, con un resultado desastroso. Mandela no lo quiso repetir.

Poco después de su liberación, fue invitado como orador en el Sínodo de obispos anglicanos. Tras reconocer la contribución en la lucha contra el *apartheid* de algunas figuras de la Iglesia, como Trevor Huddleston y Desmond Tutu, recordó a los prelados que

---

<sup>20</sup> J. CARLIN, *La sonrisa de Mandela*, Madrid, 2013, 19.

<sup>21</sup> J. ALLEN (ed.), *Desmond Tutu. Dios no es cristiano (y otras provocaciones)*, Bilbao, 2012, 31.

<sup>22</sup> Cf. J. CARLIN, *La sonrisa de Mandela*, 134.

<sup>23</sup> N. MANDELA, *El largo camino hacia la libertad*, 94.

---

<sup>24</sup> Citado en P. HAIN, *Mandela*, 316.



tenían una importante contribución que realizar: unir a la comunidad negra y tranquilizar a los blancos. Quizá por eso, cuando decidió establecer la Comisión Verdad y Reconciliación, Mandela pensó en Tutu como la persona más adecuada para presidirla. Tutu personificaba la Iglesia Negra del mismo modo que él se había convertido en la personificación del pueblo negro.

La Comisión constituyó un intento de avanzar hacia la reconciliación de la nación. Fue una forma distinta de tratar con el legado del pasado, una aventura audaz de sanación política, con el perdón como meta principal. Concebida como un intento de caminar hacia la curación de una nación, y no como un acto transaccional de individuos aislados, proyectó un proceso de perdón a escala nacional, que ayudara a realizar la necesaria transición de la represión y la injusticia a la democracia y la libertad. Así lo explicaba Tutu en su primera intervención ante la Comisión: «Trabajaremos en lo que debería ser un proceso colectivo a escala nacional de sanación a través de la contricción, la confesión y el perdón. Para ser capaz de perdonar, uno debe conocer a quien se está perdonando y por qué. Por ello es tan importante la verdad

en este proceso»<sup>25</sup>. Amnistía individual, no amnistía general, a cambio de la verdad completa relativa a la ofensa para la que se pedía la amnistía, fue la fórmula escogida. Tras las duras y agotadoras sesiones de la Comisión, un exhausto Tutu afirmaba: «Hasta entonces yo no sabía que la verdad podía tener una fuerza sanadora tan ponderosa (...) La reconciliación real solamente puede tener lugar sobre la base de la verdad»<sup>26</sup>. Pese a sus deficiencias, Mandela se mostraba satisfecho del trabajo de la Comisión: «Nos ha ayudado a sobreponernos al pasado y a concentrarnos en el presente y en el futuro»<sup>27</sup>. Finalmente había conseguido que su pueblo dejara atrás su oscuro pasado y se encaminara hacia la construcción de una nueva nación, la «nación del arcoíris».

### Destinado a servir a la nación

«Por la forma en que habla a sus hermanas y a sus amigos puedo

---

<sup>25</sup> Citado en R. DAYE, *Political Forgiveness (Lessons from South Africa)*, Maryknoll, 2004, 5.

<sup>26</sup> J. ALLEN (ed.), *Desmond Tutu. Dios no es cristiano*, 45.

<sup>27</sup> A. SAMPSON, *Mandela. The Authorised Biography*, Londres, 2011, 532.

decir que tiene inclinación por ayudar a la nación», había dicho un enfermo Gadla Henry en 1930 al jefe supremo de la tribu de los *thembus*, tras encomendarle el cuidado de su hijo Nelson Rolihlahla<sup>28</sup>. Lo que probablemente nunca sospecho era que aquel muchacho que había crecido en un fértil valle situado en las onduladas colinas del Transkei, entre maizales, acacias y verdes prados en los que pastaba el ganado, superaría con creces todas sus expectativas. El pequeño Rolihlahla tenía encomendado un destino más elevado: refundar Sudáfrica sobre las bases de la tolerancia racial y la cooperación; la refundaría con la misma firmeza con que la habían hecho los ideólogos del *apartheid* cuatro décadas atrás sobre el fundamento de la intolerancia y la segregación. Y supo cumplir con éxito su misión.

Nelson Mandela nos ha dejado un 5 de diciembre, el mismo día en el que 18 años antes creara la Comisión Verdad y Reconciliación, co-

mo si quisiera recordarnos que su mejor y más valioso legado es precisamente el del perdón. En adelante, junto a las grandes hazañas del rey zulú Dingane o a la heroica lucha de los *bóers* contra el imperio británico, la historia recordará a ese gran líder que fue capaz de pacificar a la nación. Los sudfricanos estudiarán y rendirán tributo al hombre que, como ha dicho Nadine Gordimer, «vivió para la libertad de los otros», que demostró que «porque existe el perdón el futuro es posible». Mandela ha realizado su último viaje a Qunu, su aldea natal, donde descansa para siempre en esos espacios abiertos del *veld* que tanto amaba. Ese lugar apartado, alejado de los acontecimientos del mundo, ha sido testigo mudo del unánime tributo que recibía quien hoy «es universalmente considerado un gran hombre; posiblemente el último gran hombre, en un tiempo en que el concepto de grandeza se retira a las sombras de la historia»<sup>29</sup>. ■

---

<sup>28</sup> Cf. M. BENSON, *Nelson Mandela. Biografía*, 17.

---

<sup>29</sup> J. M. COETZEE, *Nelson Mandela: The last of the great men*.